







## UNA TRAGEDIA DE REYES

**L**A madre, al asomarse al corredor, oyó cuchicheos de niños: era víspera de Reyes; hablaban aquéllos quedamente como haciéndose confidencias de importancia.

Ella alcanzó a oír frases entrecortadas: «Yo ya lo sé»..., «es mi papá»..., «eso era hace mucho»...

Y comprendió, adivinó más propiamente, que hablaban de los Reyes Magos, confidenciándose lo que sabían sobre la anual y aceptada farsa de su paso por la tierra.

Sin embargo, su hijito, al que distinguía en el grupo puesto de espaldas, había ignorado siempre que se tratara de una farsa: estaba segura. Hasta pocas horas antes el niño le había interrogado de diversos modos:

—Mamá: ¿cómo son los Reyes?  
¿Sus caballos tienen alas? ¿Por qué no se les ve ni se les oye?

Contestó ella en esa y otras oportunidades, inventando bonitas respuestas, alimentando su fantasía infantil con palabras, que, más que palabras, parecían maravillosas piedras de colores, mientras acariciaba lentamente la rubia cabeza abandonada sobre su pecho.

Así, pues, como si las confidencias de los compañeros amenazaran herir algo muy suave en el alma de su criatura, se detuvo a escuchar, azorada, la conversación.

Pero el grupo, al notar su presencia, se disolvió. Iniciaron los pequeños sus bulliciosos juegos, y risas y gritos llenaron durante largo rato el alegre patio familiar.

Esto ocurría por la mañana.

La madre, que tenía resuelto salir a la caída de la tarde en procura de los juguetes que año a año dejaba en el zapato de su hijo, había soñado un poco con aquella inofensiva y tradicional mentira, saboreando anticipadamente, la alegría de su criatura al verse regalada con objetos que venían de lejanos países, tan llenos de deslumbrador misterio.

Pero la sospecha de que el niño conociera la verdad oscurecía sus planes y velaba su alegría.

Así, pues, a la hora de la siesta, cuando en la casa solamente ella y el niño estaban despiertos, lo llamó, lo puso sobre sus rodillas, y preguntó:  
—¿Sabes tú que mañana es Día de Reyes?



—Sí, mamita.

—¿Y esperas que te traigan juguetes?

—¡Oh, claro!

—¿Y sabes tú quienes son los Reyes?

El niño le dirigió una mirada de soslayo, tan cargada de intención, que la madre no solamente consideró inútil seguir engañándolo, sino que se creyó obligada a darle una explicación que justificara sus anteriores mentiras.

Con la voz temblorosa, con verdadero dolor, como quien va a rasgar el fino y blanco velo de una vacilante ilusión, le dijo:

—Oye, mi nene: antes, en otros tiempos, los Reyes Magos venían a la tierra, pero hace tiempo que ya no vienen; están enojados con los hombres. Ahora los juguetes que los niños encuentran el Día de Reyes, los ponen los padres; pero antes, los Reyes venían y eran así, como tantas veces te he explicado.

¿Sabías tú esto, sabías que ellos no traían tus juguetes.

La cara del niño se iluminó de picardía:

—Sí; lo sabía.

—¿Hace mucho?

—¡Huf!... ¡Mucho!...

—¿Y por qué no me lo dijiste?

—Porque no me convenía.

—¿Eh?

—Es claro; si te lo hubiera dicho o no me hubieras puesto nada o me hubieras puesto juguetes feos; por eso te engañé.

La mano de la madre, que se deslizaba dulcemente sobre la cabeza del niño se crispó sobre ella, la echó hacia atrás, fijó sus ojos hondamente en los ojos de su criatura, largo rato, y, poco a poco, como una cara desconocida que va apareciendo en una placa, parecióle que la cara de su hijo se transformaba y que, detrás de los inocentes ojos, se levantaba un enemigo, otro ser, un alma extraña que no tenía nada que ver con ella ni con el niño: un Yo, una Voluntad, una Potencia, un Egoísmo...

Sintió náuseas; empujó violentamente al hijo de su lado y le gritó amenazadora:—¡Vete! ¡Vete!

La criatura la miró, aterrada, y huyó al patio.

Al cabo de un momento ella percibió su llanto angustioso, contenido, y dejándose caer en el lecho, lloró también, y sin sollozos, lágrimas lentas, frías e interminables.



HUELLAS FEMINISTAS

ALFONSINA STORNI